

examinaba frecuentemente el semblante de Koustroff, cuyas miradas siniestras le aseguraban que no habia cambiado en sus criminales intentos. Pronto vieron un bosque á la mano derecha: Rolando dirigió por allí el carruage. La Princesa que iba dormida, no advirtió la mudanza del camino. Un cuarto de hora despues habia dejado de existir. Esta escena terrible se ejecutó del mismo modo que se habia proyectado. Los dos asesinos lo ejecutaron con tanta mas audacia, cuanto no descubrian ni un viagero, ni un viviente en todo el campo. Depositaron en un barranco el cuerpo de la Princesa, y lo cubrieron con hojas secas. En el momento Koustroff se encierra en la ber-

lina y entrega al postillon el oro, precio de la sangre que acababa de verter: invitó á Rolando para llegar pronto á la casa de postas inmediata, impaciente por librarse de su compañero de crimen.

Cuando entraban en la ciudad, el postillon sonaba su látigo para anunciar que se necesitaban caballos de remuda. Mientras que se disponian, Koustroff encargó el silencio al nuevo conductor, diciendolo que podia despertar su ama. Algunos minutos fueron suficientes para enganchar. Koustroff y Rolando no se atrevieron á despedirse: solo al tiempo de separarse se echaron una mirada como de enhorabuena por el suceso.

Al salir de la ciudad, Koustroff

avivó el celo de su nuevo conductor por la esperanza de una recompensa: en Italia, mas que en otras partes, es este un medio de caminar tan ligeros como el viento. A la salida del sol ya se hallaba á una grande distancia del teatro de su crimen; su temor se miuoraba á cada momento. Habiendo llegado á una casa de postas á las once de una noche mui oscura, bajó de su carruage mientras enganchaban; el postillon al salir, aunque no le habia visto bajar, no reparó en esta accion. Entonces Koustroff se despojó de los vestidos de lacayo: su aire y su porte eran de un viagero que queria caminar con velocidad, y que pagaba generosamente á los postillones.

Decidido á no detenerse en ninguna parte mientras estuviese en Italia, pasó por medio de Roma con la mayor indiferencia; allí se detuvo media hora para comer por la primera vez, despues de la muerte de su Ama. Hasta entonces le habian alimentado los remordimientos y el temor.

Sus deseos eran llegar cuanto antes á Nápoles, adonde le llamaba su codicia: estaba apoderado de su tesoro; pero no podia determinar su valor.

Entretanto, pensando siempre en sí mismo, habia reflexionado profundamente en su posicion y en el peligro que le amenazaba. Con mas avaricia que vanidad, veia la precision de viajar mo-

destamente y ocultar á todos sus riquezas; el menor descuido podia hacerle traicion, y bastaba el encuentro de un ruso para quedar enteramente perdido. Desde entonces formó su plan de conducta, que ejecutó con una destreza y un disimulo, que por fortuna se encuentran pocas veces en los criminales.

Cuando llegó á Nápoles, fue conducido á una de las principales fondas: era difícil escaparse de este primer peligro; pero bien pronto supo librarse de él.

Después de haber saludado á los dueños de la fonda y á los que habian llevado su equipage, preguntó como con distraccion, si habia alojado algun ruso; le res-

pondieron que no. El tiempo que pasó hasta la hora de comer, lo empleó con mucha utilidad. Registró escrupulosamente las paredes y rincones de su alojamiento. Este se hallaba colocado á un extremo de la casa; y vió con placer que su alcoba, precedida de un salon, era toda de paredes maestras, y sin ningun secreto que pudiera alarmarle. Tranquilo por esta parte, subió al piso segundo, en donde encontró un granero que no le podia dar ninguna sospecha.

Le llevaron por fin la cena, que él abrevió para libertarse de las Escelencias que le prodigaban los criados, y que él conocia mui bien que no las merecia: experimentó un verdadero placer cuando le die-

ron las buenas noches, y tuvo libertad para cerrar la puerta. Luego que se creyó seguro, encendió seis luces para ver así mejor su presa y hacer el inventario de todos los objetos que contenian las maletas.

Las damas rusas no viajan con tan poco aparato como las ladys inglesas; estas abandonan enteramente el lujo en sus viages. Al contrario, las damas del Norte llevan consigo todo el esplendor de los mas brillantes tocadores. La desgraciada Princesa, abusando de su verdadero estado, llevaba consigo todas sus riquezas. Koustroff, tan metódico como un alguacil que procede al inventario de unas alhajas que se van á po-

ner en venta, colocó los objetos con un orden admirable, sin ceder á la tentativa de examinar aquellos que mas contentaban su avaricia. Colocó encima de la cama los vestidos y todos los efectos de ropa de su desgraciada Ama: á su vista se le escapó un suspiro, aunque á su pesar. La casualidad le hizo levantar los ojos á un espejo, y se admiró de su color pálido y la alteracion de sus facciones; pero disminuyó notablemente esta alteracion cuando encontró el cofrecito de las joyas. Su vista encendió bien pronto la codicia de Koustroff. Enagenado con el resplandor de tan ricas alhajas, permaneció por mas de una hora en una especie de éxtasis. «Todo es-

to es mio, decia entre sí, enagado por la alegría: ya soi rico, libre, independiente.» Iba á añadir dichoso; pero esta palabra que no pudo salir de sus labios, fue interceptada por un sentimiento que participabá de placer y de dolor. Entretanto sus ojos se dirigian con la velocidad de un relámpago, ya á un objeto, ya á otro; parecia que no le bastaban los sentidos para tan halagüeña contemplacion. Este triunfo de la codicia era tanto mas grande, quanto conocia el valor de las joyas, que podia apreciar mui bien por ser hijo de un diamantista, y estar acostumbrado á su tasacion en casa de su padre. Esta tasacion exigia largos cálculos y frecuentes recuer-

dos sobre su existencia futura: en fin, creyó que el todo de las alhajas podria valer en dinero de noventa á cien mil rublos. El metálico que encontró en los baules, le indemnizaba suficientemente del que él habia dado á Rolando y que estaba destinado para los gastos del viage.

Concluido el inventario, recogió su tesoro y lo guardó cuidadosamente, poniendo la mayor atencion en que no fuese descubierto por los criados de la fonda.

En seguida hizo algunos paquetes de todos los vestidos de su Ama, porque conocia la necesidad de deshacerse de tan peligrosos muebles. Al tiempo de visitar los graneros de la casa, habia forma-

do el proyecto de esconder entre los muebles rotos que se hallaban en ellos, todos los objetos de que queria deshacerse. Cuando dieron las dos, abrió silenciosamente la puerta de su cuarto; y asegurado de que todos dormian, tomó una linterna, y cargado con la mitad de los efectos, los acomodó á su gusto, volvió por los restantes, y todos ellos los ocultó entre los muebles, de tal modo, que no podian verse sin quitar la mayor parte de ellos. Despues de esta expedicion tan necesaria á su tranquilidad, volvió á su habitacion sin ser sentido de nadie. Esta accion aumentaba su confianza. Aun cuando por un accidente casi imposible se descubrieran los paquetes

al dia siguiente, «¿cuánto tiempo hacia que estaban allí?» Las sospechas no podian recaer en un viajero que habia llegado el dia anterior.

Luego que se levantó Koustroff, fue á ver al fondista, al que le dijo, que antes de buscar embarcacion para Esmirna, queria vender su silla de posta: como los fondistas toman con empeño estos negocios por partir el beneficio con los compradores, mandó llamar inmediatamente á un mercader, asegurando que no habia hombre mas de bien en todo el reino de las dos Sicilias. Llegó en efecto, examinó la berlina, la encontró en buen estado; pero acumuló infinidad de defectos que exageraba

hasta lo sumo. «Dad gracias á Dios, decia, de haber llegado á Nápoles sin daño alguno : es un milagro.» Concluyó por ofrecer la tercera parte de su valor. Koustroff conoció perfectamente con quién trataba ; pero veia la necesidad de deshacerse de todos los objetos que pudieran comprometerle , y cedió pronto. Luego que se contó el dinero , el comprador se llevó en triunfo la berlina , que su dueño vió desaparecer con un placer extraordinario , semejante á la satisfaccion de un cortesano que acaba de vencer á un contrario , que podia descubrir sus ardides.

En todo este dia se ocupó Koustroff en asegurar la ejecucion de su plan. Buscó una fonda menos

concurrida , y mandó hacer baules con secretos á propósito para ocultar su tesoro. Fue en seguida en casa de un prendero , en donde se proveyó de un vestido bien diferente del que habia llevado hasta entonces , y de una peluca rubia ; todo lo que le disfrazaba de tal modo , que era casi imposible conocerle. A los dos dias estaban concluidos sus baules , y volvió á la fonda por todo su equipage : dijo al fondista que el buque iba á darse á la vela , y que se embarcaba al ponerse el sol. Subió en seguida á su habitacion , se puso su nuevo disfraz , y desde allí se dirigió á la posada que ya habia preparado , en donde se anunció como un judío polonés que comer-

ciaba en joyería. El vestido y la peluca le ayudaban á parecer lo que decia, y mucho mas el acento que imitaba perfectamente. Acomodó las joyas en los secretos de sus baules, hechos con tal maña, que era imposible atinar con ellos. A los pocos dias se embarcó en un buque genovés que hacia viaje para Palermo, y bien pronto desaparecieron á su vista las frondosas riberas de Nápoles.

Habiendo desembarcado felizmente en la opulenta capital de la Sicilia, y tranquilo ya con su disfraz, pudo introducirse en los palacios de los mas grandes señores para vender sus joyas. Luego que habia adquirido alguna confianza, les enseñaba algunas mas precio-

sas que habia guardado cuidadosamente. En poco tiempo se deshizo de bastantes alhajas vendidas á buen precio: conociendo esta utilidad, determinó emplear parte de su dinero.

A poco tiempo se embarcó para Cádiz, y se dirigió á Madrid por Sevilla y Toledo; y tuvo la fortuna de deshacerse con ventaja en estos parages de todas sus joyas. Animado con sus ganancias, compró pedrería en Madrid, y fue á venderla á París y Lóndres. Este último punto fue el término de sus viages; pero no de su comercio, que le enriqueció mas de lo que podia esperar. Los rusos encuentran pocos placeres en Inglaterra, y por esto no viajan mucho



por aquel pais. Esta idea hizo á Koustroff fijarse en Lóndres; porque allí estaba mas seguro de no encontrar á ninguno de sus compañeros, que en cualquiera otra parte de Europa.

Veinte años se pasaron de este modo. Koustroff habia llegado á ser uno de los mas ricos lapidarios, y disfrutaba de una fortuna considerable. ¿Era dichoso? No. Dos sentimientos combatian sin cesar su corazon: los remordimientos le agitaban continuamente; y en vano queria sofocar la memoria del bosque: todas las noches se le presentaba en sueños una figura ensangrentada, y muchas veces en el dia le atormentaba esta fantasma; y no pocas en medio

de sus placeres este grito importuno venia á turbar su tranquilidad. En el teatro, cualquiera expresion que aludiese á sus ideas, le hacia huir como una flecha. En el trato con sus amigos, todo lo que le recordaba la idea de su crimen, le sumergia en una profunda tristeza. El espectáculo de la serenidad que produce la virtud en un hombre honrado, no le era menos doloroso. Despues que la experiencia le hizo comprender que pueden alcanzarse las riquezas sin un delito, veia con horror el principio de su fortuna; y si hubiera podido restituir una porcion de sus bienes para disfrutar en calma de la otra, se hubiera considerado el hombre mas feliz del mundo.

Otra causa contribuía también á su tristeza, y era la ausencia de su patria. Acostumbrado al riguroso frío de Rusia, le hacía mucha impresión el clima más templado de Inglaterra. Esta idea mortificaba de tal modo su imaginación, que solo disfrutaba de algún placer cuando las montañas cubiertas de nieve le recordaban las de su patria. Dejémosle devorado por sus penas, y trasportémonos al país que era el objeto de sus deseos.

Hacia la parte meridional del departamento de Kalonga acababa de suceder á sus padres en grandes posesiones un joven llamado Voronitcheff. El carácter de este joven era imperioso, iracundo, altivo, y su alma poco susceptible

de sentimientos nobles y generosos. Sus padres habían probado todos los medios suaves para moderar sus pasiones. Como hijo único heredó todos sus bienes. Sus súbditos lloraron sinceramente la pérdida de sus amos, creyendo que el heredero no lo era en las virtudes y justicia de su antecesor.

Voronitcheff no gustaba de los placeres del campo; los bellos cuadros de la naturaleza no conmovían su corazón. Antes de la muerte de sus padres hacía frecuentes viajes á la capital; pero poseído después del deseo de viajar, pensó en recorrer los países extranjeros. En vano un criado antiguo le hacía ver que sus propiedades estaban escesivamente gravadas, y

que era prudencia desempeñarlas antes de emprender tan costoso viage; su amo le respondia en pocas palabras: «Mi padre trataba demasiado bien á los aldeanos, y esto es un error; se han hecho ricos; es necesario que les hagas volver estas riquezas: dentro de seis semanas me has de presentar el dinero; este es tu oficio.» El administrador inclinó suspirando la cabeza, le presentó el dinero en el plazo señalado, y Voronitcheff partió para Italia.

Entre Módena y Bolonia se quebró el eje de su berlina, y le fue indispensable detenerse al principio de la noche en la misma casa de postas. Este contratiempo le pareció mui grande porque temia fas-

tidarse. ¿Qué habia de hacer? ¿en qué ocuparse desde las siete de la noche hasta la hora de cenar? Se paseaba precipitadamente en su habitacion, llamaba continuamente á sus criados para mandarles cien veces una misma cosa. En fin, viéndose ocioso, bajó á ver á los criados para divertirse un poco con su conversacion. Dirigiéndose á la cocina encontró una numerosa concurrencia de jóvenes de ambos sexos, presidida por una muger mui vieja. La señora Dorotea, dueña de la posada, estaba sentada en un sillón antiquísimo, de estilo gótico, y se conocia que por espacio de muchos siglos habia pertenecido de madres á hijas á la misma familia.

Dorotea con la rueca en la ma-

no daba á los demas el egemplo del trabajo; las jóvenes, sentadas cerca de ella, concluian la tarea que habian empezado los hombres; en una palabra, era una tertulia de aldea. Al observar el aire atento y un poco conmovido de todas las fisonomías, nuestro viagero creyó que escuchaban la historia de algunos bandidos y fantasmas; y en realidad no se equivocaba. Deseoso de tomar parte en la conmocion general, entró en la asamblea. Dorotea le invitó políticamente á sentarse; y por deferencia hácia él consintió el que hablaba en volver á repetir la historia, que su presencia acababa de interrumpir.

«Un frances, natural de Lan-

güedoc viajaba por el reino de Nápoles. Sorprendido en medio del camino por un violento huracan, se vió precisado á detenerse en una miserable taberna, situada á dos tiros de fusil del camino real; pidió cena y cama. El viagero (sin reparar en el malísimo semblante de sus huéspedes), poco desconfiado, y alegre, como lo son los naturales de la parte meridional de Francia, se mofaba de la mala cara de sus huéspedes, se reia con ellos de la dureza de un gallo que le dieron para cenar, y que sus dientes, á pesar de un buen apetito, no tenian suficiente fuerza para triunfar de él: afortunadamente el vino de Calabria le consoló un poco de la dureza del gallo.

«Despues de cenar condujeron al francés á una miserable habitacion. Fatigado y soñoliento, iba á acostarse habiendo antes cerrado la puerta con un viejo cerrojo. Se le cayó debajo de la cama una sortija, se bajó para recogerla, y su mano encontró otra mano helada. Al llegar á este punto, todas las mugeres, por un movimiento involuntario, se reunieron un poco mas á los hombres. Ya podrá imaginarse que este pasage no escitaria la risa del viagero. Lleno de horror, pero conservando su serenidad, tira fuertemente de la mano que tenia agarrada, y se encuentra con el cuerpo de un hombre asesinado, y que sin duda no habian tenido tiempo de enterrar.

Demasiado cierto de que habia caido en una cueva de ladrones, nuestro viagero se puso á idear el medio de sustraerse á la suerte que se le preparaba: su presencia de ánimo le sugirió uno. Coloca el cuerpo encima de la cama, le pone su gorro, se oculta debajo de ella, y se arrima bien á la pared para esperar el fin de su aventura. ¿Hubierais dormido, hijos míos, si os vierais en el lugar de este viagero? No, no, respondieron todos á una voz. — Pues bien, tampoco durmió el francés. Al cabo de una hora, que le pareció un siglo, dos hombres levantaron cuidadosamente un tapiz que encubria una puerta oculta; se acercaron á la cama y dieron un sin número de

puñaladas al cuerpo que ellos creían vivo. El viagero tuvo la precaución de fingir algunos gemidos, y con ellos hizo creer á los asesinos que habían consumado su obra. «Ya está muerto, dijo uno, y no se volverá á burlar de nuestro gallo asado. — Buen viage, dijo el otro, tomando el bolsillo y el reloj que estaban sobre la mesa. Vamos á dormir: mañana visitaremos los bolsillos de los dos. — Dices bien: me entró un gran miedo de que se hubiese fugado, cuando supe que el otro estaba aquí. — ¡Bah! un hombre como tú no debe pensar así; pues no podía escaparse sin que le viéramos. — Sí; pero podía defenderse.» Concluidas estas palabras levantaron el ta-

piz y desaparecieron. Antes de amanecer el francés abrió la ventana, y aunque con trabajo observó que no estaba muy elevada. Quitó como pudo las sábanas de la cama, y anudándolas logró llegar hasta el campo, en donde encontró una senda que siguió á la ventura. El miedo le prestaba alas. Poco despues de amanecer descubrió un castillo, al que se encaminó; este era del duque de Manfredina. Habiendo este oído al viagero, armó á todos sus criados, que se dirigieron á cercar la taberna. El tabernero, su muger y un criado fueron entregados á la justicia, y pagaron bien pronto sus delitos en el último suplicio.»

El fin dichoso de esta historia